

tander, quien presiona a Bolívar para que los Estados Unidos sean invitados al Congreso: “Toda la presión interna y sobre todo la representada por Santander buscaba en los Estados Unidos un punto de apoyo. Santander convenció a Bolívar de que la presencia de los Estados Unidos en el Congreso era tan importante como la de Inglaterra” (pág. 233). Véanse en el texto las reacciones de los Estados Unidos a este proyectado Congreso en las palabras de sus funcionarios (págs. 233-236). Son los mismos con las mismas, en la misma rueda de Tántalo.

¿Quiere alguien saber qué son “esclavos hipotecados”? (pág. 318), y otras muchas cosas, tal vez falta tratar más despacio el asunto del contrabando, sin duda importante, en el capítulo sobre el estanco del tabaco. Vale leer estos ensayos sobre la colonia, siendo que aún estamos anclados en la colonia, en el otro sentido de la palabra, ya no de Colón sino en procura de crear condiciones para convivir en lugar de conmatar.

RODRIGO PÉREZ GIL

El rigor seco de los historiadores

Historia, cultura y sociedad colonial, siglos XVI-XVIII.

Temas, problemas y perspectivas

Varios autores

Yobenj Aucardo Chicangana-Bayona (comp.)

La Carreta Editores, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Grupo de Investigación Historia, Trabajo, Sociedad y Cultura, Medellín, 2008, 391 págs.

Al principio del libro, el compilador agradece a los organizadores del XIII Congreso Nacional de Historia, realizado en Bucaramanga en 2006, especialmente a la Universidad Industrial de Santander (UIS) y a la Universidad Nacional de Co-

lombia, sede Medellín. El presente libro reúne trece ponencias presentadas en dicho Congreso, dos de ellas realizadas por profesores de universidades en Brasil, las otras escritas por un estudiante de Doctorado en Historia, un Magíster en Historia, un docente de la Institución Braulio González de Yopal (Casanare), también Magíster en Historia, y por profesores universitarios: de la Nacional, en Medellín y Bogotá, de la UIS, de la Universidad de Antioquia, del Magdalena, de la Javeriana y de la Universidad del Tolima.



En todos los trabajos resaltan las extensas y cultas bibliografías, que incluyen Fuentes de archivo en la mayoría de las ponencias, y crónicas de Indias en varios casos. El lector tiene la penosa impresión de que estos historiadores, con un empeño utilitario, como por la apremiante urgencia de mostrar resultados, se ocupan más del qué decir y menos del cómo lo dicen.

El primer ensayo es del compilador, Yobenj Aucardo Chicangana-Bayona, y trata acerca de “El buen salvaje y el antropófago: la representación del indio en las primeras ediciones ilustradas de las cartas de Vesputio (1505-1509)”. Con variadas imágenes a lo largo del texto, el autor quiere demostrar que el interés etnográfico, por parte de los artistas ilustradores de dichas cartas, es mínimo o inexistente. Éstos preferían tomar como modelos grabados ya existentes en la Europa de su tiempo, por ejemplo sobre el canibalismo del hombre salvaje. Las barbas de los indios y las faldas de hojas con que aparecen vestidas las indias “traicionan la etnografía de

este retrato de amerindios” (pág. 23). Las escenas de canibalismo, de acuerdo al autor, “vienen de las representaciones de santos y mártires del arte Románico” (pág. 45). El autor enfatiza el papel que desempeñan las mujeres en algunas de estas ilustraciones. Ora se ve a una “que muestra placer de participar en el banquete canibal” (pág. 45), ora vemos a otra que se dispone a golpear por detrás, con un garrote, a un marinero blanco que conversa desprevenido con otras tres indias desnudas. Lo que le hace decir al autor que estos xilogramados “poseen un contenido erótico y misógino”, y esta misoginia, con raíces en la Antigüedad Clásica, construye “estereotipos de mujer negativa y traicionera, castradora y devoradora de hombres”. La mujer india “gana un destaque (sic) negativo en el episodio” (pág. 42). Esta expresión, referida sobre todo a las mujeres, “ganar destaque”, se repite por lo menos tres veces hacia el final del texto. En suma, dichos grabados sobre antropofagia “generaron una imagen negativa de sus habitantes” (pág. 43), con todo y que la mayoría de ellos “se distancia de la realidad etnográfica de los grupos indígenas que ocuparon la costa” (pág. 45). El autor de este ensayo es Magíster y Doctor en Historia por la Universidad Federal Fluminense en Brasil; así, se comprende, pero resulta inexcusable, que incluya varias citas largas, sin traducción al español, de libros originales en portugués, cosa que no ocurre en los dos ensayos escritos por profesores brasileños.

El segundo ensayo, “El *ayllu* en las crónicas quinientistas”, escrito por la profesora brasileña Ana Raquel Portugal, desconcierta de entrada, cuando dice que “al estudiar la representación del *ayllu* en las crónicas se percibe que posee un origen místico” (pág. 49). Se basa en lo que escribe el cronista Cristóbal de Molina en *El cuzqueño. Fábulas y ritos de los incas*: “[...] y así dicen, que los unos salieron de cuevas, los otros de cerros, y otros de fuentes, y otros de lagunas y otros de pies de árboles, y otros desatinos desta ma-

nera; y que por haber salido y empezado a multiplicar estos lugares, en memoria del primero linaje que de allí procedió, y así cada nación se viste y trae el traje con que a su huaca vestían". Ello dio lugar a los *ayllu*: cada uno de éstos "necesitaba un origen común y simbólico para poseer una existencia independiente", y para "diferenciarse unos de otros tenían como hábito que sus gentes usaran determinadas ropas y peinados" (pág. 49). Uno está dispuesto a considerar la afirmación de que estas creencias tienen un origen mítico, pero ¿un origen místico? La primera acepción de *místico* en el diccionario dice: "Figurado, alegórico". Como si estos indios peruanos estuvieran haciendo una metáfora, al relatar sus orígenes de esta manera. O como si ello fuera el resultado de una contemplación extática que une el alma a Dios, según la acepción común de *misticismo*. Estos indios, más bien, son precursores de una Juana Inés de la Cruz cuando se pregunta: "¿Nací yo acaso en las yerbas, o críeme en las ortigas? Fue mi ascendiente algún risco, o mi cuna alguna cima?" Tampoco está haciendo una metáfora Antonin Artaud cuando expresa: "El hombre interior, como el mundo, tiene una geografía que es cosa material. Un poco de lo que hemos sido y sobre todo de lo que hemos de ser, yace expresamente en las piedras, las plantas, los animales, los paisajes, los bosques. Partículas de nuestro yo pasado o futuro andan errantes en la naturaleza, en donde leyes universales muy precisas trabajan por componerlas. Y es justo que nos busquemos réplicas, réplicas activas, nerviosas, hasta fluidas, en todos esos elementos disgregados". Dichos indios peruanos, anteriores aunque no al margen de los incas en el momento en que prevalece el Imperio incaico, habían encontrado réplicas de sí mismos en aquellos elementos singulares de la naturaleza.

Los españoles, al llegar a tierras americanas, iniciaron enseguida los repartimientos, las encomiendas y las reducciones de indios, donde lo

importante era saber cuántos indios disponibles había y cuáles eran sus curacas; "así se puede entender el gran daño que le hizo a los grupos étnicos esa división inicial" (pág. 62). "En esas divisiones y expropiaciones, los *ayllu* que estaban integrados a unidades mayores de carácter político denominadas parcialidades o *suyu*, fueron desarticulados acabando con las propiedades indígenas colectivas" (pág. 63). Más adelante, en el mismo sentido: "Los indios vieron su mundo desestructurado porque los españoles implantaron una serie de sectores administrativos que tenían como finalidad proseguir con su sistema de colonización" (pág. 70). Y aún: "Las reducciones disminuyeron el poder del curaca y acabaron con el culto a sus antepasados, la conversión al catolicismo significó el fin de la identidad en tanto hijos comunes de un único ancestral" (pág. 77). He aquí, sin embargo, al mismo tiempo, esta aseveración que contradice el texto mismo: "Frente a tanta perplejidad, lo importante es que el mundo indígena no se arruinó, sí sufrió daños, modificaciones, adaptaciones, pero sobrevivió y eso lo confirman las crónicas" (pág. 72). Concluye la autora: "lo que fue meramente una familia extensa, poseedora o no de un territorio, acabó siendo transformado en un espacio territorial con la finalidad de almacenar mano-de-obra" (pág. 73). ¿En esto consistió la *adaptación* del *ayllu*? A la postre, es difícil compartir esta visión idealista en el ensayo de la profesora brasileña.

El tercer texto, "La diáspora judía entre Ámsterdam y el Brasil holandés", escrita por el profesor brasileño Ronaldo Vainfas, está como para asiduos de la historiografía judía; por la cantidad de nombres propios y por la cantidad de detalles acerca de las fundaciones de las primeras congregaciones de judíos en Brasil, y sobre los acosos que sufrieron muchos de estos judíos, convertidos o no, por parte del Santo Oficio. Se destaca esta observación: "Las rutas de huida de los sefardíes en Europa seguían la lógica de la ex-

pansión del capital mercantil, tal como lo indican diversos historiadores a partir de Fernand Braudel" (pág. 84).

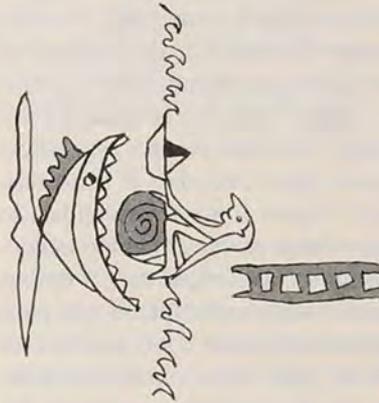


En el siguiente ensayo, "Subvaloración de la tierra y de su alimentación", se trata del síndrome, aunque exacerbado, de ciertos paisas que se van a vivir a Nueva York: echan de menos los platos de su tierra y hacen lo propio para seguir consumiendo por lo menos la arepa, la yuca y los frijoles; cosa que los liga a una territorialidad, así sea de esta manera precaria, por la cual se siente nostalgia. Entre los conquistadores, sostiene el profesor Gregorio Saldarriaga, la falta de alimentos españoles "los ponía en aprietos, no tanto por el hambre que pasaban, sino por la ausencia de referentes alimenticios (y en términos más generales, de consumo) que les permitiera inscribirse en una estructura de pertenencia alimenticia" (pág. 108). La cosa llegó al punto de negarle a los alimentos aborígenes (carne, verduras y frutas) la sustancia que tenían; los españoles sentían "la incapacidad para sustentarse con base en ellos". A menos que pasaran casi hambre, a falta de dinero con qué comprar productos venidos de España, como cuando se encarecía la producción minera. De esta manera, explica el autor, se marcaba la diferencia entre los bárbaros y los civilizados, "entre el centro y la periferia, entre la península y un reino de ultramar" (pág. 122). En verdad, lo que se denomina *la colonia*, en estos lugares equinociales, llegó como a pesar de los españoles mismos, a regañadientes, dada la repulsión que les inspiraban a éstos los

indios, los hábitos de los indios y la tierra misma, salvo como fuente de riquezas. Al mismo tiempo, entre los mismos cronistas, se recalca la abundancia y fertilidad de las tierras conquistadas. Pero, para agregar enseguida, quizá con razón, en palabras de Huarte de San Juan, en su libro de 1575, *Examen de ingenios para las ciencias*: “[...] Y esto es cosa muy averiguada así en buena filosofía natural como en experiencia, que las regiones estériles y flacas, no paniegas ni abundosas en fructificar, crían hombres de ingenio muy agudo; y por lo contrario, las tierras gruesas y fértiles engendran hombres membrudos, animosos y de muchas fuerzas corporales, pero muy torpes de ingenio [...]” (pág. 114).

La ponencia que trae por título “Esclavitud, zambaje, ‘rochelas’ y otros excesos en la población libre de las gobernaciones de Santa Marta y Cartagena, 1600-1800”, escrita por Hugues R. Sánchez Mejía, se quiere preguntar sobre “la forma como los sistemas culturales del negro fueron afectados por el desarraigo, la opresión y su influencia posterior sobre el proceso de mestizaje”; y aún más, “cuales (sic) fueron los valores culturales creados por los descendientes de los esclavos” en estas gobernaciones (pág. 130). Cuatro veces se repite en el texto la expresión “choque” de culturas (págs. 130, 131, 133 y 134), en referencia a la confrontación de blancos y negros; sólo la última va entrecomillada, “‘Choque’ de cosmovisiones”. Hay que decir que, propiamente, no hubo ahí choque alguno, como no lo hay cuando un carro atropella en la calle a un peatón distraído. Sostiene el autor que frente a la demonización de los negros practicada por los blancos conquistadores, “los esclavos ofrecieron una resistencia no autónoma mediada por la magia y la brujería, subvirtiendo su propia realidad simbólica. De esa forma, si el blanco asimilaba la brujería desde el énfasis medieval, el negro lo hacía (sic) desde su ritualidad colectiva” (pág. 131). ¿Una resistencia no autónoma subvirtiendo su propia realidad simbólica? Pero precisamente, la magia

y la brujería formaban parte de su cultura ancestral, así que la resistencia que ofrecían era una respuesta espontánea al afán de dominación por parte de los blancos. Los “bundes” (bailes), las “rochelas”, “sitios de libres” (pág. 141), eran una manera que tenían los negros de mantenerse al margen del control político y religioso. Estos serían los “valores culturales” creados por los negros marginales. El autor se va a referir más adelante al surgimiento de “campesinos libres”, con mejores argumentos. Sorprende la conclusión: “El ‘zambo’ logró una libertad de hecho a partir de su vago origen jurídico dentro de la escala social y la jerarquía urbana” (pág. 152).

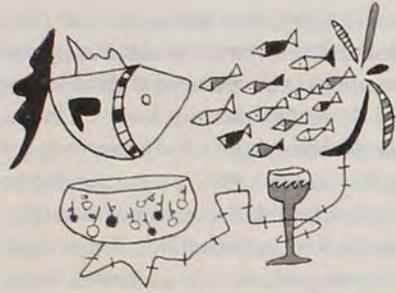


El largo ensayo “Estado colonial-élite santafereña: el abasto de miel y la renta de aguardiente en el siglo borbónico”, escrito por Hernán Clavijo, arranca con una afirmación fuerte: “Ninguna otra fuente de ingresos de origen agrícola produjo tantos y tan variados conflictos y pleitos, a lo largo del siglo XVIII, como la de la miel y del aguardiente de caña” (pág. 161). Uno piensa en lo que significó la sublevación de los comuneros en 1781 a causa del estanco del tabaco. Concentrado en el papel que desempeñaron las elites poseedoras de trapiches en el Tolima, el autor va a mostrar de qué manera menudearon los pleitos entre éstas y las autoridades coloniales, a raíz del monopolio del aguardiente por parte de la Corona. Con toda la importancia que pudieron representar estos numerosos conflic-

tos, y que el autor pone de presente, están lejos de tener el alcance de la sublevación comunera. En este ensayo se resiente el estilo, que lo hace difícil de leer: “La parte del objeto de estudio referida a los Caicedo resultó de profundizar y ampliar el análisis del caso de Don Luis de Caicedo en la relación del estado con la elite neogranadina a través del aguardiente y con los comienzos y formas del poder de sus antepasados en la sujeción de las provincias de Neiva y una parte de la de Mariquita a la elite santafereña” (pág. 184). A propósito de dos títulos de Castilla que el virrey ofreció al cabildo de Santa Fe, leemos: “Don Luis de Caicedo fue uno de los escogidos para proponerlo es gracia” (pág. 203). Aún: “También la exclusión de medianos hacendados del abasto de miel significó (sic) los llevó a participar como líderes de la protesta social” (pág. 211).

El texto “Historiografía y hagiografía: vidas ejemplares y escritura de la historia en el Reino de Nueva Granada”, escrito por Jaime Humberto Borja Gómez, se propone mostrar que la hagiografía (historia de las vidas de los santos) pertenece al género historiográfico. Sostiene el autor que la “lectura positivista” excluyó las Vidas ejemplares de la historiografía, por el hecho de incluir “hechos prodigiosos o maravillosos, según esto, con una alta dosis de ficción. Sin embargo, aquí estriba el problema, por que (sic) la condición que establece qué es verdad, o cómo establecer los límites de la realidad, dependen de cada cultura y la manera de asimilar lo que es histórico” (págs. 294-295). Aquí, una afirmación excesiva: “Para el caso neogranadino es importante plantear el debate porque la hipótesis que se pretende demostrar es que la llamada hagiografía es una forma de escribir la historia y que ésta (sic) forma de escribirla tiene para su momento de producción un mayor sustento argumentativo que otros géneros considerados tradicionalmente ‘históricos’, como la crónica” (pág. 295). Más adelante, explica: “se interpretaba la his-

toria de los sujetos ejemplares como maestra de vida, porque sus vidas revelaban virtudes y comportamientos dignos de ser imitados. Y precisamente esto era hacer historia en los siglos XVII y XVIII, como lo hacía la crónica, narrar acontecimientos que revelaban vicios y virtudes insertos en un escenario de tiempo y espacio, de modo que sirvieran para el *bien vivir*" (pág. 306).



"Santa María de la Antigua del Darién: ¿De lugar de olvido a lugar de la memoria?", es el resultado de un trabajo de campo emprendido por el profesor de la Universidad Nacional, sede Bogotá, Paolo Vignolo, junto con otros veintitrés estudiantes y profesores: "Nuestro interés investigativo surgía de la convicción que Santa María de la Antigua sea una pieza crucial, aunque muy poco estudiada, para comprender el proceso de apropiación material y simbólica del continente por parte de los europeos" (pág. 321). Luego: "nos convencimos que solo el estudio conjunto de las huellas arqueológicas del asentamiento y de las fuentes documentales de la época nos iban a permitir entender los modelos político-militares, las sugerencias utópicas, las pautas socioeconómicas, los espacios y ritmos de vida que moldearon el primer laboratorio de la conquista y colonización del continente" (pág. 322). Los resultados de la exploración, después de otras dos salidas de campo, son más bien precarios, en relación con las expectativas: "Ya no tiene sentido limitarnos a reconstruir a nivel histórico-arqueológico los quince años de vida de una ciudad del siglo XVI. El gran reto se ha vuelto más bien integrar

esa labor fundamental en una estrategia de desarrollo socio-cultural de la región" (pág. 329). Entonces, se dieron unas clases y talleres en las escuelas locales, se hizo un reconocimiento de la geografía local y de sus habitantes, se elaboró una cartilla sobre la Conquista y se realizó "un cine forum itinerante para compartir la visión de películas sobre la conquista con los pobladores de la zona" (pág. 330).

RODRIGO PÉREZ GIL

Por lo menos quedó la historia

Historia del Hospital San Juan de Dios de Bogotá

María Claudia Romero Isaza, Mónica Zambrano Caicedo, Miguel Darío Cárdenas

Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto de Patrimonio Cultural, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2008, 149 págs.

El Hospital San Juan de Dios de Bogotá está ligado a la historia y a la evolución de la ciudad, la medicina, la docencia, la investigación científica y la Universidad Nacional. Es una historia triste la conformación de un hospital, centro de docencia e investigación que casi desde sus orígenes está en quiebra. Desafortunadamente, Colombia es un país donde todavía la cultura, la educación y la salud pública están de últimos en la fila y sólo reciben las migajas del presupuesto.

El 18 de diciembre de 2008 se publicó esta información por parte de la Agencia de Noticias de la Universidad Nacional:

Ante el Procurador General de la Nación, Edgardo Maya Villazón, el rector de la Universidad Nacional de Colombia, Moisés Wasserman, el Gobernador de Cundinamarca, Andrés González, y el Alcalde Mayor de Bogo-

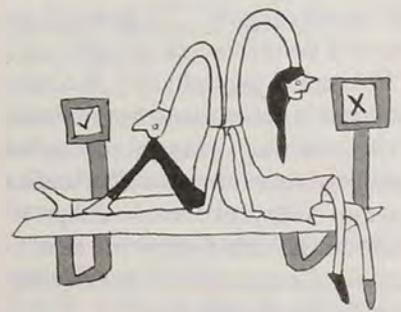
tá, Samuel Moreno, firmarán un documento de acto de intención para la reapertura del Hospital San Juan de Dios.

Ojalá se logre poner de pie al llamado por años *hospital de los pobres*.

La Dirección de Patrimonio de la Alcaldía Mayor publicó en el 2008 esta historia de la construcción del Hospital, que marcó a un gran número de generaciones y donde, entre otros logros, hubo espacio para desarrollar la vacuna contra la malaria y programas tan importantes en el mundo como el de las madres canguro.

En el prólogo de ésta publicación se introduce:

A propósito del Plan Especial de Protección para el conjunto hospitalario de San Juan de Dios, la Dirección del Instituto Distrital de Patrimonio propuso al equipo de trabajo de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Bogotá—, ampliar la investigación histórica y elaborar un libro para contribuir en los procesos de difusión y apropiación ciudadana de este importante Bien de Interés Cultural de carácter nacional [...] [pág. 9].



En el libro, muy interesante y bien escrito, con una sólida investigación, se narran los avatares de la construcción de los edificios para el hospital, los sucesivos cuidadores, inconvenientes y propuestas a la par con los avances de la medicina y los cambios urbanos de una ciudad en permanente crecimiento. Queda faltando, sin embargo, salir de la simple